

Nota del coordinador del número 29

Desde muy pronto en su vida, Ignacio de Loyola (1491-1556) debió de estar expuesto a la complejidad de las relaciones entre los diferentes reinos cristianos de su época y entorno. Su abuelo Juan Pérez de Loyola había sido condenado por el rey Enrique IV en 1456 al destierro en Jimena de la Frontera como consecuencia de su participación en las luchas entre las villas y los Parientes Mayores de Guipúzcoa. Hermanos de san Ignacio participaron en las guerras con los Reyes Católicos. Dos de ellos murieron en Nápoles y otros viajaron a Flandes y Hungría sirviendo a la monarquía. San Ignacio, el pequeño, debió de oír en su familia las historias de la guerra de los Reyes Católicos contra el último reino musulmán en la península ibérica, el reino nazarí de Granada, de las guerras de Italia y de Flandes y Hungría. Su estancia en Arévalo, en la casa de Juan Velázquez de Cuéllar, contador mayor de los Reyes Católicos, le expondría a escuchar comentarios sobre la política matrimonial de Isabel y Fernando, acción diplomática de gran importancia si consideramos que los Reyes Católicos forjaron su política antifrancesa casando a sus hijas con los futuros reyes de Inglaterra y Portugal y con príncipes de la Casa de Habsburgo que además de ser hijos del Emperador Germánico eran herederos de los territorios (sobre todo de Flandes) de la Casa de Borgoña. Por último, la herida de Pamplona, que le llevaría a cambiar radicalmente de vida, se produjo por su participación en una guerra en la que se disputaba el control del reino de Navarra entre el reino de Francia y la naciente monarquía hispánica.

El cambio de vida acontecido como consecuencia de la herida de Pamplona y de la larga convalecencia para recuperarse de ella, no alejó a Ignacio de Loyola del campo de las relaciones internacionales. Una vez recuperado, Ignacio de Loyola viajó a Roma para conseguir el permiso papal necesario para peregrinar a Tierra Santa, peregrinación, que en aquellos siglos se hacía partiendo desde Venecia, la potencia comercial y marítima que controlaba el comercio con el Mediterráneo oriental. A su vuelta de Tierra Santa, Ignacio de Loyola pasó un tiempo en España (Barcelona, Alcalá y Salamanca) estudiando, pero acabó dirigiéndose a París para concluir sus estudios. En la Sorbona, Ignacio reunió un grupo de estudiantes que acabaría siendo el grupo fundacional de la Compañía de Jesús. Una de las características notables de este grupo era su internacionalidad.

Después de mucho peregrinar, Ignacio acabó pasando los 18 últimos años de su vida en Roma desde donde, elegido prepósito general de la Compañía de Jesús, dirigió su difusión y expansión. Pero, aunque no se alejara de Roma, los intereses de Ignacio abarcaban el mundo entero y las relaciones entre los diferentes pueblos que habitaban “la redondez de la tierra”. Ignacio fue el que mandó a Francisco Javier a las Indias. El primer artículo de este volumen, de José María Guibert, “San Francisco Javier, actor de relaciones internaciones en el siglo XVI: diplomacia y valores”, presenta la actividad de Francisco Javier como actividad diplomática. Mucho se ha escrito de la actividad misionera de Francisco Javier, pero en general se ha pasado muy deprisa por su condición de nuncio, embajador del papa, condición que recibió del papa en Lisboa en 1541, antes de partir para Oriente. Además de estar al tanto de la actividad misionera y diplomática de Javier, Ignacio de Loyola también ejerció actividad que hoy llamaríamos de “relaciones internacionales”. Seguramente su correspondencia para favorecer la guerra contra el Turco es la más importante. Aunque no llegó a verla, su correspondencia muestra la búsqueda de una coalición naval similar a la Santa Alianza que triunfó en la batalla de Lepanto.

Los inmediatos sucesores de san Ignacio como prepósitos generales de la Compañía de Jesús Diego Laínez y Francisco de Borja ejercieron labores diplomáticas. El primero acompañó al cardenal Hipólito de Este a la dieta de Poissy, asamblea en la que se discutió con los representantes de la religión reformada, reunión a la vez de naturaleza religiosa y política. Francisco de Borja, que antes de ser jesuita había sido persona importante de la corte de Carlos V, acompañó por orden de Pío V al cardenal Miguel Bonelli en su viaje a España, Portugal, Francia e Italia. Al cardenal se le había encomendado coordinar los esfuerzos de las potencias católicas en la lucha contra los turcos.

No es por tanto sorprendente que encontremos en este monográfico las famosas Reducciones del Paraguay. El artículo de Wenceslao Soto “Las misiones con guaraní: relaciones respetuosas entre los pueblos” aborda en clave de relaciones

internacionales alternativas, es decir, de relaciones entre los pueblos de la época que quieren ser relaciones diferentes de las habituales y más comunes relaciones internacionales del tiempo. Seguramente fue este carácter alternativo el que hizo que el experimento de las reducciones acabara siendo destruido, porque cuestionaba el *statu quo* del tiempo.

Siguiendo el ejemplo de Francisco Javier, numerosos jesuitas ejercieron tareas diplomáticas. El artículo de Claudia von Collani, “Jesuits as Diplomats in the Service of Chinese Emperors in Early Modern Times”, detalla como durante el reinado del emperador Kangxi comenzaron los primeros intentos reales de mantener relaciones de China con Europa y de Europa con China. Maillard de Tournon, enviado por la Santa Sede, intentó establecer relaciones diplomáticas con la corte china durante su legación. Sin embargo, estos planes fracasaron porque el emperador Kangxi entendía de otra manera la relación con Roma y no quería el tipo de diplomacia habitual en Europa en aquella época. Por otra parte, el emperador intentó cinco veces comunicar su idea sobre la convivencia del confucianismo y el cristianismo en China mediante legados, pero estos intentos no fueron aceptados por parte de la Santa Sede. El emperador no quería tener relaciones a la europea, sino a la china. Por ello, eligió a algunos jesuitas como traductores que firmaban sus declaraciones sobre los Ritos y a los que utilizaba para sus embajadas a Europa, porque los conocía desde su juventud, confiaba en ellos y conocían las leyes, costumbres y convenciones, y los idiomas tanto de Europa como de China. Las relaciones previstas fracasaron más o menos en ambos sentidos.

Aunque no aparecen en este volumen, también hay recientes estudios de casos notables de jesuitas que desarrollaron labores diplomáticas en Japón como ilustra Alessandro Tripepi en su artículo “Jesuit diplomacy towards Japan: the Tensho Embassy, the dialogue with Hideyoshi and the emergence of a global model (1582-90)” publicado en *Diplomatica* 3 (2021) o el libro *Jesuit and English experiences at the Mughal Court, c. 1580–1615* de João Vicente Melo de 2022. No están estudiados en su labor diplomática jesuitas como Pedro Paez, que trabajó Etiopía, o Hipolito Desideri, que lo hizo en Tibet.

Curiosamente, algunas de las actividades que más contribuyeron a la supresión de la orden en 1773 pertenecían al campo de las relaciones internacionales. Las reducciones y la cuestión de los ritos chinos y malabares fueron las cuestiones más citadas por los que deseaban la supresión de la Compañía de Jesús. Las numerosas teorías conspiratorias antijesuíticas, muchas veces referentes a las relaciones internacionales, dan fe de la implicación de los jesuitas en este ámbito, aunque ciertamente no con el poder que los enemigos de la Compañía le atribuyen.

Este monográfico pasa de la historia de la Compañía de Jesús antes de su supresión en 1773 a hoy. Como ejemplo de la participación de la Compañía de Jesús y de singulares jesuitas en nuestros tiempos aportamos cuatro casos. Tim Byrnes en “The Politics of Religious Brotherhood” presenta un caso de lo que se llama diplomacia paralela (Track II diplomacy) en el que detalla la acción en diversos planos de los jesuitas de Estados Unidos después del asesinato de Ignacio Ellacuría, otros cinco jesuitas y dos mujeres el 16 de noviembre de 1989. Los jesuitas asesinados en la Universidad Centroamericana lo fueron porque su dedicación a la misión propia de la Compañía de Jesús de “servicio de la fe y promoción de la justicia” fue vista por los dirigentes salvadoreños como una amenaza directa. Estos fueron asesinados por un ejército salvadoreño que recibía del gobierno de Estados Unidos más de un millón de dólares al día para apoyar la guerra contra una fuerza guerrillera insurgente. Utilizando los importantes recursos institucionales de que disponían, los jesuitas de Estados Unidos presionaron para exigir responsabilidades a “los autores del crimen” dentro del alto mando militar y a la vez se esforzaron por presionar al gobierno y congreso estadounidense para que cortaran la ayuda militar que se había utilizado para asesinar a sus compañeros jesuitas.

El segundo artículo presenta un caso de multilateralismo. “Unorthodox and historic: The Ottawa Process and the Mine Ban Treaty. 25 years of a success story of multilateralism” de Amaya Valcárcel explica el proceso de Ottawa, desde el

punto de vista de los supervivientes, algunos jesuitas y algunas valientes religiosas que participaron desde las primeras etapas de la ICBL a través de su trabajo para el Servicio de los Jesuitas para los Refugiados (JRS por sus siglas en inglés). La Convención de 1997 para la prohibición de las minas terrestres fue el resultado del Proceso de Ottawa, un proceso autónomo de negociación de tratados al margen de un foro facilitado por las Naciones Unidas con el objetivo de prohibir las minas antipersonas. También fue el resultado de una asociación inusualmente cohesionada y estratégica entre gobiernos, organizaciones internacionales como el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), organismos de la ONU y la sociedad civil, representada por la Campaña Internacional para la Prohibición de las Minas Terrestres (ICBL por sus siglas en inglés).

La participación que narra el artículo anterior es parte de la labor más amplia realizada por el JRS que detalla Julia McPherson en “Jesuit Refugee Service’s Influence on International Refugee Policy”. El JRS es una organización transnacional comprometida en trabajar con y junto a quienes se han visto desplazados por la fuerza de sus hogares. La incidencia política es, por ello, un elemento central del trabajo del JRS en todo el mundo. Ante autoridades, gobiernos donantes y comunidades de acogida, el JRS aboga por y con quienes buscan seguridad y la oportunidad de reconstruir una vida para ellos y sus familias. A través de una red de personal en todo el mundo el JRS identifica los retos a los que se enfrentan los refugiados para satisfacer las necesidades básicas de aquellos a quienes servimos y qué políticas pueden mejorar sus circunstancias.

El último artículo de Peter Walpole “Ecojesuit learning through Networking and International Relations” narra la participación de los jesuitas en la COP28 de Dubai. Esta participación se vehicula a través de Ecojesuit, red global que ayuda a explorar nuevas formas de colaboración entre instituciones y personas comprometidas vinculadas de diversas maneras con la Compañía de Jesús, para una mejor participación en los procesos globales de respeto del medio ambiente. Ecojesuit es una voz diminuta al margen de las reuniones de las Naciones Unidas (ONU) sobre el clima y la sostenibilidad que suma esfuerzos al compromiso social más amplio a favor de la acción global. Esta participación en las relaciones internacionales profundiza en las Preferencias Apostólicas Universales (PAU) de los jesuitas aprobadas en 2019. Se trata de un caso de trabajo en red, una red amplia de colaboración a lo largo y ancho del mundo y en los diversos modos en los que los jesuitas ejercen su apostolado.

Diego Alonso-Lasheras

Departamento de Relaciones Internacionales

Universidad Pontificia Comillas

dalonso@comillas.edu

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1032-7456>